



Última Década

ISSN: 0717-4691

cidpa@cidpa.cl

Centro de Estudios Sociales

Chile

Balardini, Sergio
De los jóvenes, la juventud y las políticas de juventud
Última Década, núm. 13, septiembre, 2000
Centro de Estudios Sociales
Valparaíso, Chile

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=19501301>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

DE LOS JOVENES, LA JUVENTUD Y LAS POLITICAS DE JUVENTUD*

SERGIO BALARDINI**

ANTES DE COMENZAR A hablar acerca de la juventud, la primera cuestión que debemos señalar, es que enfrentamos una serie de dificultades conceptuales en su tratamiento, que exigen trabajar sobre una faceta de tipo histórico relacionada con su surgimiento, porque jóvenes hubo siempre, pero juventud no, aunque parezca extraño; la idea de juventud está íntimamente ligada a los roles históricos de los distintos grupos sociales y etáreos. Por otra parte, cuando abordemos el tema de la política de juventud, deberemos revisar su diseño teniendo siempre en cuenta que la implementación de políticas está firmemente vinculada con el concepto de juventud que opere de base.

Tomando prestadas algunas imágenes del presente, y como señas de contexto, podemos decir que sabemos que la mayoría de los pobres son jóvenes, e inversamente, podemos afirmar que la mayoría de los jóvenes son pobres; en cambio, si decimos que la mayoría de los que están en el *chat* son jóvenes, su inverso no es cierto, porque la inmensísima mayoría de los jóvenes no están en el *chat*. Es decir, tenemos jóvenes de muy diversa condición social, y los hallamos de un extremo a otro de la sociedad, de un margen a otro, de la miseria al polo tecnológico. Sin embargo, nunca hay que olvidar que la mayoría de ellos, en particular hablando de nuestras sociedades latinoamericanas, son pobres. Por otra parte, esta diversidad, nos exige no generalizar ni realizar extrapolaciones, y no dejar de preguntarnos acerca de los jóvenes, la juventud y la condición juvenil, que son cosas diferentes.

Teniendo en cuenta esta circunstancia, lo primero que uno tiene que tomar en cuenta es que «la juventud» como tal (no los jóvenes) es un producto histórico resultado de relaciones sociales, relaciones de poder, relaciones de producción que generan este nuevo actor social. «La juventud», es un producto de la sociedad burguesa, de la sociedad capitalista, antes la juventud no existía ¿pero es que acaso antes no había jóvenes? Sí, efectivamente uno podría decir jóvenes siempre hubo mientras que juventud no, la juventud como fenómeno social en los términos occidentales que hoy lo comprendemos es un producto histórico que deviene de las revoluciones burguesas y del nacimiento y desarrollo del capitalismo.

Por supuesto, hubo antecedentes de juventud o grupos sociales que uno pudiera pensar en términos de cuasi juventudes. Ya Esparta y Atenas, ciudades-Estado que necesitaban permanentemente estar trabajando en la defensa de sus fronteras, defensas territoriales, geográficas, no virtuales todavía, bien físicas, bien reales, bien presenciales, debían juntar individuos que reunieran ciertas condiciones, una cierta condición física, de vigor, energía, que

* Conferencia pronunciada en el Seminario «Políticas locales de juventud», desarrollado en Concepción en octubre de 1999; y organizado por CIDPA Viña del Mar y el Departamento de Jóvenes de la Municipalidad de Concepción.

** Licenciado en Psicología. Maestría de Administración Pública. Coordinador Adjunto e Investigador del «Proyecto Juventud» de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Sede Argentina. Actualmente se desempeña en la Dirección Nacional de Juventud de la Argentina.

puedan ser formados, capacitados, un entrenamiento sobre el cuerpo muy fuerte, no solamente sobre el cuerpo, pero ciertamente sobre el cuerpo. Estos ejércitos estaban formados esencialmente por jóvenes que compartían una serie de instancias que los llevaban a percibirse como grupos humanos específicos. Por otra parte, la complejidad social emergente y el excedente económico generado permite una formación cívico militar que incluye la consolidación de la institución educativa para los jóvenes, le conocida *efeblía*. Ésta, demandaba la formación obligada de los jóvenes al tiempo que reconocía una suerte de fin de la infancia. He allí lo que, para algunos autores, supone la presencia de una quasi-juventud.

Otro antecedente importante, podría encontrarse con el surgimiento de las universidades en Europa, en particular podemos mencionar la de Bolonia, allí por el 1100, porque la de Bolonia surge desde la élite de estudiantes, no desde las estructuras estatales, sino desde los propios estudiantes. Por ese entonces, los estudiantes debían pagarle a cada docente por sus clases, para lo cual juntaban el dinero necesario. Los profesores iban de una ciudad a otra en tránsito permanente y costaba mucho retener a los mejores. Por aquellos días, los estudiantes que debían a menudo trasladarse siguiendo el derrotero de muchos maestros, se deciden a constituir una asociación universitaria que responda a esta circunstancia y a otras de orden político, para defender su independencia de formación y generar un modo de retener a los mejores profesores. En esta institución histórica surgida del diálogo entre estudiantes, y en general, en aquellos espacios comunes de formación superior, compuestos por un importante número de jóvenes podríamos decir que también se desarrollaron quasi-juventudes.

Pero hay que reconocer que los roles sociales expectantes para estos individuos jóvenes, de los cuales decimos que podían generar una quasi juventud, de ningún modo eran los mismos que se van a presentar a partir de la revolución burguesa. Básicamente con la aparición del fenómeno capitalista, el cambio de las relaciones sociales, de las relaciones de producción y las nuevas necesidades que devienen para que esa producción tenga lugar, y para que se reproduzcan esos mismos términos de la nueva relación social. En este sentido, es central el papel de la división del trabajo emergente, entre la unidad doméstica (la unidad de reproducción), y el mundo del trabajo (o el mundo de la producción). También hay que agregar que la revolución burguesa tiene mucho que ver con el proceso de individualización gradual de los sujetos. Y la individualización va a relacionarse con la necesidad de participar en la toma de decisiones que hasta entonces no tenía necesidad de ser procesada por los individuos.

Todo esto va a devenir en lo que Philippe Aries señala como el nacimiento de tres nuevas instituciones, prototípicamente burguesas: la escuela, la familia y la niñez. Sin estas tres instancias, no habrá juventud tal cual nosotros la conocemos actualmente; van a ser las nuevas necesidades de la sociedad burguesa las que empujan al nacimiento de este nuevo sistema escolar, porque vamos a necesitar individuos con una cierta calificación y formación para que puedan integrarse con algún éxito en las nuevas estructuras, las fábricas, en los nuevos sistemas productivos. Va surgir un nuevo espacio de formación necesario para la masiva introducción en el sistema productivo emergente, y la escuela va a ser el foco del nacimiento de la juventud tal cual nosotros la conocemos.

Es importante subrayar la base estructural de estas transformaciones, y nunca hay que olvidarlo, porque de lo contrario, los cambios políticos, sociales y culturales, y la misma aparición de la juventud, son presentados como si de golpe surgieran, como un efecto de modas, en una lectura culturalista extrema. Asentar los cambios en una estructura es imprescindible.

Va a ser, entonces, el desarrollo del capitalismo y de las sociedades burguesas, el que va a ir produciendo a lo largo de los siglos XIX y XX «juventud». Si lo dijéramos en términos fabriles (y la escuela sería aquí la fábrica), cada vez se va a producir más «juventud»; la escuela es el espacio privilegiado de producción de juventud. (Comenzamos a establecer con claridad esta diferencia entre jóvenes y juventud, jóvenes con juventud, jóvenes sin juventud). Una consecuencia de este proceso, fue la identificación de juventud con estudiantes, y en términos de políticas de juventud, llevó a que muchas políticas que se dicen o se pretenden generales impacten focalmente, debido a que su diseño parte de una conceptualización de juventud identificada con el grupo de los estudiantes.

Todo esto qué significa, que poco a poco y con el tiempo, se van a ir integrando nuevos contingentes de individuos jóvenes al sistema escolar productor de juventud, la que de todos

modos, debe «adquirirse» con cierto trabajo activo por parte de los sujetos. Pero también implica la inclusión de nuevos sectores sociales en una determinada modernidad, con un tiempo y espacios cedidos para la formación, que van a ser aquellos donde individuos jóvenes de la misma edad se van a encontrar y van a vivir, no sólo acontecimientos de conjunto, sino que además van a ir generando una cierta sensibilidad en común, van a ir sintiendo que tienen frente a sí realidades afines.

De este modo, se amplían los sectores sociales que van adquiriendo juventud a través de su paso por determinadas estructuras sociales que serían las que facilitan la producción de juventud. Puede decirse, que la primera juventud de que se habla, va a ser esta juventud de estudiantes de las clases altas y medias, luego, en las primeras décadas de este siglo la juventud trabajadora se inscribe dentro de esta lectura, y después, mucho después, va a ser la juventud rural. Nunca escuché hablar de juventud de mujeres, sí de mujeres jóvenes; las mujeres también van a incluirse dentro de las categorías de juventud, pero sin embargo, uno no encuentra que se hable de juventud de mujeres. No es una cuestión menor, porque toda la política de juventud y género prácticamente es inexistente; y la conceptualización final que se hace acerca de estos actores y que permiten la construcción de sentidos, a su vez, se aplican en la construcción de política.

Haciendo un corte fuerte en el tiempo, vamos a hablar de la guerra y la posguerra.

En la primera guerra, una importante cantidad de jóvenes varones, de individuos adultos jóvenes marchan a la guerra, y las mujeres tienen que hacerse cargo de la unidad de producción y la unidad de reproducción, es decir, tienen que hacerse cargo de la familia y de trabajar. Este hecho trastocará algunos sentidos comunes y asentará la base de cambios culturales fuertes relacionados al lugar de la mujer y del varón en la sociedad.

Por otra parte, aparece cierta rebeldía de una generación joven de clase media e incluso de cierta élite juvenil que va a dar lugar a la *lost generation*, la generación perdida, frase que, descontextualizada, nos llega hasta hoy, para impugnar a muchos jóvenes. Sin embargo, la generación perdida eran, entre otros, Ernest Hemingway, cuya literatura, además de ser excelente, hablaba de relaciones sociales y culturales fuertemente disruptivas con la que era la generación de sus padres. Para estos jóvenes, los valores de sus padres entran en contradicción con las realidades efectivas que ellos están viendo, y con una modernización muy fuerte también, entonces, eso va a generar inadecuaciones en la mirada que estos jóvenes van teniendo acerca de su propia situación y de lo que de ella y su sociedad expresa la generación anterior, y ahí parece un fenómeno disruptivo.

En la segunda posguerra sucede algo similar pero mucho más amplificado. Se afectan fuertemente las relaciones entre generaciones y entre los géneros. De hecho, muchas mujeres han tenido que sostener sus familias durante varios años sin la presencia del varón. Muchos de ellos no regresarán a sus hogares, y quienes lo hacen, a menudo encuentran que el lugar al que llegan no es el que dejaron y deciden no reintegrarse. Además, en los países más centrales, se produce el fin de la sociedad rural, la masiva urbanización de estas ciudades que también aporta su cuota con fuertes cambios sociodemográficos. La posguerra, superado el trauma, trasmutará en inversión, construcción de Estados de Bienestar y crecimiento económico. Y, en ese marco, aparece una nueva actitud reproductiva en la constitución de nuevas familias. De ello da testimonio el llamado *Baby Boom*, la explosión de nacimientos del año 1950. No en vano. Estos niños, tendrán 18 años, en 1968...

Pero un aspecto central estará representado, una vez más, en una disrupción muy fuerte con los valores promovidos por la generación de sus padres. Si en el momento de la caída de Hitler se sentía legitimar todo un orden de sentidos que refrendaba como correcto todo lo que se había actuado hasta ese entonces, cuando pocos meses después se arrojan las bombas contra Hiroshima y Nagasaki, este sentido se resquebraja. ¿Puede el *american way of life*, por ejemplo, darse la mano con el hecho de arrojar estas dos bombas atómicas y, además, de hacerlo no sobre un blanco militar, sino sobre ciudades? Este hecho, va a venir a cuestionar para muchísimos jóvenes el sentido de los valores de sus padres. Algunos autores hablan de la cultura de la bomba. Por supuesto, se trata de procesos, y en este caso, deberán sobrevivir en las sobras al período del denominado *macartismo*, que reprimió toda manifestación de disidencia social o

política. Pero no es un elemento menor. En definitiva, estas disrupciones, producto de acontecimientos civilizatorios muy fuertes: primera guerra mundial entre los que se suponían más文明izados; segunda guerra mundial con su destrucción masiva y la bomba atómica cayendo sobre población civil; son elementos fuertísimos que producen disrupciones en el campo de lo ético, lo moral, lo cultural.

Otro elemento sustancial, serán los fuertes cambios tecnológicos que impactan sobre la organización social. Sucedió en la revolución industrial, sucede a comienzo de este siglo, sucede en la segunda posguerra y está sucediendo ahora. Es sabido, cuando aparece una guerra se invierte una cantidad de recursos infame para llevarla adelante y, como hay que tener tecnología de punta para confrontar con el enemigo, ya que depende de ello la sobrevida, se invierte en nueva tecnología. Esta inversión, cuando terminan las guerras, lleva a que la tecnología y la ciencia de base desarrollada durante el período bélico se vierta hacia la industria doméstica, con la creación de un nuevo mercado de bienes de consumo. Pero tras la segunda guerra, surgirá la novedad, por primera vez en la historia, de un mercado de bienes para consumo juvenil; hecho que acontece en los años 50. También debemos agregar que esta nueva revolución tecnológica implicó, al igual que en ocasiones anteriores, la necesidad de mayor formación, es decir, de más individuos jóvenes escolarizados y por más tiempo.

Todo esto junto: el cambio de patrón tecnológico, desplazamientos poblacionales, migraciones, fin de la ruralidad, necesidad de mayor formación, más cantidad de establecimientos educativos y mayores niveles de formación, y la creación del mercado de consumo de bienes para jóvenes (hay que hacer una historia de las primeras veces, para los que hacen la historia de las mentalidades).

Por primera vez, los jóvenes están en condiciones de tener dinero en sus bolsillos, porque las economías de estos países centrales avanzan, y actúan de atractivo y van traccionando a todo el resto de las economías. Decimos que por primera vez los jóvenes se van a encontrar con dinero en el bolsillo para gastar en sus gustos, porque los jóvenes que anteriormente trabajaban, eran cronológicamente jóvenes y cultural y socialmente adultos, no existía ningún Estado de Bienestar y con sus recursos pasaban a aportar al sostenimiento de sus familias y de sus mayores, de los que ahora se encargará la seguridad social. Incluso, hay autores que discuten cuál fue el primer bien producido, exclusivamente para un mercado juvenil; algunos dicen que en Inglaterra, otros dicen que en Italia, pero sin duda, la moto Vespa fue uno de los primeros. Y se la va a ver mucho en las disputas entre los jóvenes, pasa a ser elemento de identidad en muchos grupos juveniles. Por otra parte, y como nota de paso, habría que hacer algún tipo de historia sobre juventud y motociclismo, porque las motos también han pasado a ser, primero, un signo de juventud y, después, de cultura juvenilizada. Hoy encontramos motos *customizadas* conducidas por adultos juvenilizados, cosa que nunca antes hubo en la historia. Si uno ve a los jóvenes de 1930, eran jóvenes adultizados, querían lo más rápido posible dejar de ser jóvenes para pasar a ser adultos, y bajo el ideal del padre. Hoy, en cambio, todos los adultos quieren ser jóvenes.

Pasemos ahora rápidamente por los años 60, década que se podría definir como de la radicalización social y política. ¿Qué identifica a los 60? A los sesenta los identifica que se podía cambiar el mundo (como a los 90 que no se lo puede cambiar). Cuestión muy fuerte, porque tiene que ver con la construcción de las subjetividades, la percepción que se tiene del mundo en que se vive y de sus posibilidades. La década de los 60 es la década de la radicalización política, la década en donde la cuestión principal es la transformación del mundo, cuando transformarlo era posible, era deseable y había que participar para ello, porque en cuanto uno participaba hacia más pronta la llegada de ese nuevo mundo, con su hombre nuevo. Este es un sentido de época que atraviesa a toda la sociedad, a todos los individuos, pero los jóvenes pasan a ser protagonistas privilegiados, actores en primera fila, aunque no los únicos.

Los 60, y parte de los 70, son un tiempo en que los sectores populares avanzan y avanzan, demandan y demandan, por una mayor satisfacción de sus necesidades. Para algunos autores, esto lleva a una sobrecarga de demandas sobre el Estado, poniendo en crisis al Estado de Bienestar que se tambalea, inflación por aquí, inestabilidad política por allí, el *establishment* se reúne y escribe documentos como el llamado Consenso de Washington que propone una salida, la que llamaremos salida neoliberal a la crisis: privilegiar las exportaciones, apertura

económica irrestricta, descentralización modificación de la estructura impositiva, etc. Por otro lado, tenemos una doctrina de seguridad nacional que está a disposición para ser utilizada cuando haga falta. De hecho fue usada y abusada (o abusó de nosotros). Pero, ¿qué sucedió? Que la salida neoliberal resultó la solución política que es la victoriosa, por supuesto, según sus propios términos.

La salida neoliberal frente a la crisis de los Estados de Bienestar, por otra parte, deviene en un fuerte ajuste, un aumento de pobreza, la precarización del empleo, y el aumento del desempleo, la desarticulación y fuerte restricción de servicios sociales conquistados a partir de sucesivas luchas políticas; estos cambios que se operan en la relación Estado y sociedad van, en muchísimos casos, a contramano de la construcción histórica, de por lo menos, los últimos 50 años y generan un cambio de perspectiva en los sujetos que se sienten liberados a su propia suerte y, al mismo tiempo, produce una disminución de la sensibilidad alrededor de los derechos sociales. En definitiva, muchos contingentes, en particular de jóvenes, cada vez se sienten más ajenos a una sociedad antes integrada intra e intergeneracionalmente, y lo de intergeneracional es paradigmático, en el tema de la seguridad social al pasar de un sistema de concepción solidaria intergeneracional a uno de capitalización personal, ejemplo nodular del sentido de los cambios de época, en donde mi ventura depende de mí, pero también quiere decir que si algo sale mal también dependió de mí. Las crisis son derivadas a los sujetos que se hacen cargo de ser ellos los culpables de su situación por fuera de las estructuras. Al mismo tiempo, se produce una fuerte crisis de representatividad y vaciamiento del sentido de las instituciones, desde la perspectiva del ciudadano común. Y los jóvenes aparecen como el gran problema, los políticos se plantean la dificultad de la participación política de los jóvenes. Otro cambio importante es la primacía de la concepción de consumidor por sobre la de ciudadano. Porque la concepción predominante de consumidor pone sobre el centro del escenario el mercado descarnado, yo como cliente, no yo como usuario de un servicio público, la construcción histórica de un servicio público, sino yo según mis recursos accedo a ese mercado por un bien, y ese bien se da a tal o cual o no se da. Esta fórmula de consumo y mercado frente a la anterior de Estado y ciudadano es bien diferente y también afecta la constitución del lazo social. Si en tanto ciudadanos hay un aspecto de términos igualitarios, un ciudadano un voto, como clientes no, como clientes cada uno llega por lo que tiene, y algunos no llegan, se quedan afuera.

Llevando adelante estas políticas sobre y desde los Estados, desde mediados de los setenta, se actúa en tres espacios, por una lado en el espacio de los social, desactivando, desorganizando (desactivando la organización), por lo que habrá una menor demanda popular sobre el Estado; se operará la transformación del propio Estado para que se libere de la respuesta a esas demandas acumuladas; y, en el ámbito de lo económico, la reorganización a partir de la revolución científico-técnica. Se actúa sobre lo social, se actúa sobre el Estado, se actúa sobre el sistema económico productivo. Una operación política completa. Transformación que da lugar a una sociedad diferente, absolutamente diferente, la de hoy. Porque en la medida en que la construcción de subjetividad cambia radicalmente, también va a devenir otro tipo de sujetos, entre ellos los jóvenes. Por esto es carente de sentido la comparación habitual de los jóvenes de los 90 con los de los 60. Son sujetos absolutamente diferentes, y solamente el túnel del tiempo, nos permitiría regresar a lo que fue, murió y nunca más será.

Y ahora, los 90. Toda esta efervescencia que acontece durante los 60, junto a los cambios en la estructura de la organización social, poco a poco va a ir generando el espacio para que uno deje de hablar de juventud y comience a hablar de juventudes, en plural. Juventudes, significa jóvenes que han adquirido cierta condición juvenil. Esta diferenciación, en tiempos de la llamada posmodernidad, se relaciona con una fuerte impronta individualizante, por lo tanto, con el narcisismo y la competencia. Desde el mundo de vida de los jóvenes se va a manifestar en la explosión del anteriormente homogéneo colectivo juvenil. Aquellos eran colectivos grandes cuando atravesaban la avenida de la revolución, pero cuando ya esa avenida no existe y uno a veces se encuentra en callejones sin salida, lo que encuentra son pequeños grupos que van, vienen, salen, entran, en constituciones que suelen ser muy efímeras.

Y la pluralidad estalla en, por lo menos, dos modulaciones, a tener en cuenta siempre. Una, el «multiculturalismo juvenil» basado en una búsqueda identitaria, de proliferación de particularidades culturales, estilísticas, de consumo y, la otra, la consolidación de

discriminaciones simbólicas jerárquicas, autoritarias y excluyentes.

Pero algo más, el tema de la moratoria. Unas décadas atrás, cuando se identificaba globalmente a la juventud con los estudiantes de clase media, teníamos un período de la vida en donde sus responsabilidades estaban de alguna manera de vacaciones, ya no era niño, no era adulto todavía y, se podía observar una moratoria psicosocial, como planteaba Erikson o incluso en su responsabilidad social, al estilo Bourdieu. Pero la pregunta es si hoy se puede utilizar aquel concepto de moratoria. Me atrevería a decir que hay muchísimos jóvenes que hoy no tienen posibilidad de ninguna moratoria, tantos que abandonan tempranamente el sistema escolar y por responsabilidades que adquieren tempranamente, y dificultan hablar de moratoria. Sin embargo, por estar en un sistema de atravesamiento comunicacional permanente que promueve esta cultura juvenilizante (porque es una sociedad políticamente adultocéntrica pero culturalmente juvenilizada), habría que pensar si muchísimos de estos jóvenes que no pasan o son excluidos o expulsados del sistema escolar, de todas maneras adquieren alguna juventud, una condición juvenil específica, pese a no tener moratoria. Hoy, cada decisión que toma un adolescente que está formándose es de una responsabilidad mayor, es todo un compromiso, porque sabe que puede estar definiendo en qué condiciones estará para integrarse socialmente con algún éxito, es decir, cada decisión ahí es muy fuerte. Entonces, esta categoría de moratoria, que fue quizás tan útil para hacer, ver y manifestar en relación a los jóvenes de los 60 y los 70, en cuanto a generalización homogeneizante, hoy hay que ponerla en terapia intensiva.

La otra concepción fuerte, la de juventud como período de transición también debe ser revisada. Antes, decía que el joven recorría varias transiciones: desde su familia original a la constitución de una nueva familia; del sistema educativo al mundo del trabajo; de la dependencia a la autonomía; de las socialización desde los agentes primarios, hacia una participación social y política en instituciones tradicionales. ¿Puede alguien hoy certificar que estas transiciones resulten definitivas y definitivas? Los jóvenes actuales con suerte desarrollan alguna de estas transiciones mientras están haciendo permanencias en las demás esferas. Hay quienes hablan de juventud forzada incluso, porque muchos jóvenes no pueden salir de estos espacios que antes eran de transición, porque salen de su familia original, viven con algún amigo o pareja, y vuelven y otra vez, porque el trabajo no les permite otra cosa y porque también son padres más permisivos y se quedan mucho más tiempo... no es tan sencillo. Del sistema educativo al mundo del trabajo..., ojalá fuera así de simple, que lo digan los propios jóvenes. La preocupación de los chicos que están en la escuela es el trabajo, serían unos tontos si se preocuparan por algo sencillo, pero no lo son. Saben que allí está una cuestión dura de resolver. Saben de qué están hablando. La otra transición, de la heteronomía, la dependencia, a la autonomía, a la independencia..., pero sucede que hoy muchos padres no están; o les derivan a sus decisiones y la resolución de conflictos entre adultos. Ni siquiera a los adolescentes, a los niños. Esto en el caso de las clases medias, en el caso de los sectores populares desde muy chicos están compromisos fuertes. En sentido contrario, muchos jóvenes adultos, se ven enfrentados a tomar decisiones que no pueden tomar, por las restricciones y condicionamientos y también porque hay algo del sistema de subjetivación que dificulta tomar ciertas decisiones. Y por último, el asunto de los agentes socializadores clásicos, de las instituciones tradicionales de participación. Hoy, los chicos se agrupan de un modo fuertemente informal, una buena proporción de los jóvenes que participan no lo hacen en estructuras tradicionales, lo hacen mucho más por agenciarse a proyectos de gestión cultural o social próximos, un qué hacer de resultados, hagamos esto, juntémonos para hacer tal cosa, que puede venir, o no, en alguna forma organizativa. Se agrupan para una gestión concreta y menos (mucho menos) en términos de representación de intereses, algo típico, en cambio, de los años 60 ó 70. Entonces, tampoco podemos definir a los jóvenes a partir de estas transiciones en crisis, por eso el desafío actual es pensarlos entre lo transicional y una extendida permanencia. Conviene recordar, transiciones y permanencias diversas.

Finalmente, unas pocas palabras para hablar de las características de los agrupamientos juveniles actuales, la cuestión de la denominada tribalización o neotribalización como plantea Maffesoli, que habla de las nuevas tribus urbanas, que precisamente refiere a la constitución de agrupaciones o colectivos sociales pequeños, no masivos como en los 60, 70, con un cambio en su socialidad, que sustentan su juntarse ya no en contratos políticos o ideológicos sino en una

acción dentro de una comunidad emocional. Protagonizan rituales que define como de emociones compartidas, pasa en el fútbol, pasa en el rock, es un neotribalismo que se caracteriza por una muy fuerte fluidez, muy dinámico, agrupamiento espontáneo que no deriva en «saldos organizativos que mejorarán la organización para la acción y el elevamiento del nivel de conciencia, etc.», como solía escucharse y leerse en otra época, pero no hace mucho tiempo.

AHORA VAMOS A HABLAR DE POLÍTICA DE JUVENTUD

Veamos algunos puntos para el análisis. Punto uno, pensar las políticas de juventud como políticas de Estado. Esto supone la construcción de toda una serie de consensos intra sistemas de partidos, consensos en el aparato estatal y consensos con otros actores, con actores sociales, fundamentalmente. En rigor, se trata de pensar a las políticas de juventud como política pública, es decir, si hablamos de política de Estado, no hacerlo en el sentido restringido del término, sino en un sentido amplio, en términos de Gramsci, sociedad política más sociedad civil. Hay que apuntarle a la política de Estado en el sentido de la política pública que construye el consenso más complejo, porque suma al resto de los actores sociales; o sea, hay que convocar desde el Estado a la sociedad civil, y hay que interpelar desde la sociedad civil al Estado. Segundo punto, la integralidad y la coordinación, hasta la fecha, realidades más discursivas que fácticas. Las experiencias de coordinación y articulación han tenido escaso éxito y en reducidos ámbitos, algo que, a mi criterio, tiene que ver con una concepción de la gestión pública que disputa entre lo radical y lo innovativo o concepción incremental. Me da la impresión que en América Latina, quizás excepto en momentos fundacionales, como pueden ser las situaciones post-dictadura, o de fuerte reforma estatal post-crisis, en donde hay un consenso muy fuerte para efectivizar ciertos cambios, se trata de avanzar en la viabilización de elementos incrementales de política.

Por el contrario, los cambios de paradigmas de gestión más disruptivos se hacen muy difíciles al seno de la administración, porque no se trata de efectuar cambios en términos de normativa solamente, sino de toda una cultura organizacional, de una historia de las organizaciones, de relaciones de poder político (partidario, gremial), y de la relación de los sujetos sociales con el aparato estatal. Entonces, quizás, una alternativa más viable, el famoso plan B, no sea tanto proponerse la vía del cambio radical, sino de la política incremental. Que, en este caso, va más por ir construyendo acuerdos graduales y desde ellos ir avanzando hacia algún grado de coordinación, en primer lugar. Y si podemos hablar de política integral, también hablamos de política integrada. ¿Integrada a qué? a los planes de desarrollo, ya sean nacionales, ya sean locales. Y la integralidad ¿dónde se ejecuta, dónde se concreta? La integralidad se concreta en el sujeto, en el único lugar donde se concreta es en el sujeto, si es que se concreta. Entonces, cuanto más avancemos desde nuestro plan B, hacia la mayor coordinación de políticas la integralidad será mayor y las políticas de mejor impacto y más efectivas. En tanto lo incremental sea lo posible, la integralidad será una construcción parcial y perfectible siempre sobre la que habrá que trabajar permanentemente, entre avances y retrocesos.

Otros puntos, en términos de metodologías, desarrollar la focalización, lo local, las diferencias de género, porque si los derechos son universales, la forma de facilitarlos debe ser específica, según realidades diversas. Pero hay que decir una cosa más, no existen los instrumentos neutros, tecnocráticamente neutros, no hay un modelo de gestión apolítico, las modalidades de gestión son claramente políticas, definen estilos y construyen sujetos. Entonces, el modelo de gestión, aunque uno muchas veces lo plantea desde las cuestiones técnicas (y por supuesto que hay que tener gente muy formada para llevar las definiciones políticas en el campo que sea), tiene una dimensión fuertemente política ya sea en una u otra modelización. Quería mostrar algo en este sentido, para terminar.

Una tipificación de modelos, definida originalmente por Juan Sáez, que sigue siendo importante considerar, señala que según como yo posicione a los sujetos (los jóvenes) dentro de una política a ellos dirigida (política de juventud), se puede articular a los jóvenes de maneras muy diferentes en el diseño programático, en las acciones, en las iniciativas, y que, en definitiva, la modalidad de inclusión activante de una forma u otra de participación opera en la construcción de un sujeto social. Y si esto no es política ¿qué es? Entonces, distintos modelos

de articulación con los jóvenes van a fortalecer la construcción de distintos sujetos, y bien diferentes, según este modelo sea «para», «por», «con», o «desde» la juventud.

Por lo común, encontramos que bajo un mismo gobierno algunos programas se manejan bajo una misma modalidad de gestión, y otros programas introducen otra, no es que uno dice... ah! el gobierno local de tal comuna hace políticas «con» la juventud. En algún caso, podemos decir, la mayoría de los programas son del tipo «para los jóvenes» y dadores de servicios; o bien, son de manipulación y movilización para el régimen («por»); o, participan y van construyendo elementos de democracia («con»); o, tienden al espacio de la autogestión de los jóvenes («desde»). No es que aparece un solo modelo, aparecen unos y aparecen otros. Sin embargo, es muy importante ser sensibles al hecho de que distintos modelos de políticas alientan diferentes sujetos y diferentes ciudadanías. Más o menos democráticas.

Recordemos lo que decíamos sobre diversidad y neotribalismo, aquellas dos modulaciones, una estrechamente vinculada con la estructura de una sociedad de clase, con la restricción o accesibilidad a los bienes materiales o simbólicos; me imagino que todos estaremos de acuerdo en enfrentarla y buscar mayores espacios de equidad. Pero aquella otra dimensión de la diferencia, de tipo identitario y multicultural, merece un espacio de reflexión y tolerancia relativo a la diversidad. Porque, por otra parte, según creo, vamos cada vez más a una sociedad de mayor pluralidad de identidades y colectivos, es más, algunos autores que hablan de pluralidad de identidades en un mismo sujeto; en consecuencia, si pensamos en algún nuevo tipo de espacio de encuentro o de lógicas de encuentro, deberíamos apuntar mucho más hacia la construcción de redes por el campo de la exploración de las pluralidades identitarias y no por las pretensiones de homogeneización.

Para finalizar, y aunque espero haberlo transmitido, quiero subrayar en forma explícita y directa porqué me parece importante el tema de la concepción de juventud. Simplemente, porque dependiendo del concepto de juventud que uno tenga en mente, van a devenir distintas éticas, van a definirse distintas políticas de juventud, va a considerarse al sujeto (y va a ayudarse a constituirlo) en direcciones sociales, políticas y culturales diferentes. Y aquí también hay una elección.

Gracias.

BUENOS AIRES (ARGENTINA), FEBRERO DEL 2000